

8 LA SOMBRA DEL CIPRÉS

Sábado 23.06.18
EL NORTE DE CASTILLAUN
ÁNGULO
ME BASTAFERMÍN
HERRERO

Los montes Ozarks, en Missouri, de clima extremo y plagados de serpientes, niguas y garrapatas, fueron durante el siglo pasado enclave mítico para quienes se apartaban de la vida social y de las imposiciones del sistema. Ya durante la Gran Depresión de los años treinta volvieron a refugiarse en el campo quienes tenían vínculos con el lugar y habían emigrado buscando la fortuna en las ciudades, muchos de ellos con creencias baptistas. En los cincuenta se asentaron ufólogos atraídos por el avistamiento de platillos volantes, e incluso abducidos, por no decir chiflados. Aproximadamente dos décadas después se produjo el desembarco hippie, tras el desencanto de las comunas californianas.

En ese tiempo llegó allí, imbuida de ideas pacifistas, Sue Hubbell, a un sitio donde sobrevivir era difícil y ganarse

el sustento, bastante problemático, donde la convivencia, expuesta a la cerrazón ambiental de la América profunda, de un machismo delirante, y limitada casi a la pareja, puede saltar por los aires. Y, de hecho, su matrimonio se rompió. Veinte años más tarde, en el verano de 1990, recapitula, a partir de artículos de prensa, y da buena cuenta de su experiencia: el intento, condenado al fracaso, de subsistir con lo mínimo, al margen de la economía de mercado, para ofrecérsela en 'Desde esta colina' (Errata Naturae), más apegada a la tierra y a la vida diaria que el espléndido en todos los órdenes 'Un año en los bosques', que recomendamos igualmente aquí hace tiempo.

Por encima de «la mística del retorno a la tierra», la pareja se aplica al arte de ir tirando –trápicando con huevos, calabazas, maíz dulce, tomates o fresas en un merca-

dillo– en una granja de treinta y cinco hectáreas, dedicadas al cultivo de un precario y a menudo asilvestrado huerto y, sobre todo, a la apicultura. Su dura y azacaneada vida agropecuaria, sus fatigas y fastidios, en absoluto idílica, es descrita por Hubbell con humor e ironía, incluso llega a afirmar que lo que escribe son crónicas de periodismo gonzo. En realidad son un conjunto de estampas ordenadas cronológicamente del otoño de 1975 a la primavera de 1978, con tres añadidos, al hilo de las estaciones, centrado en cómo persiguen «los retornados» ser autosuficientes, aspiración por otra parte imposible, de alcanzar, rodeados, aparte de animales domésticos y de compañía, de bichos varios, con los grillos camello y las amenazantes termitas a la cabeza.

En las antipodas del esfuerzo de supervivencia puro y duro, fuera de la sociedad de

consumo, el protagonista de la primera novela de Pedro Mairal, 'Una noche con Sabrina Love' (Libros del Asteroide), es un adolescente a punto de llegar a la mayoría de edad que, como tantos en Occidente –sin llegar a los extremos orientales de los hikikomori, que convierten su cuarto en celda de clausura– se excluye del mundo circundante en su habitación y se enajena atiborrándose de canales eróticos por cable. Mairal publicó esta novela breve, con solo veintiocho años, a raíz de haber ganado el primer premio Clarín, en 1998, cuando aún no estábamos bajo el vasallaje de Internet.

Veinte años después se reedita en España, tras el éxito de crítica y público de su premiada –y con todo merecimiento, a mi juicio– 'La uruguayá', que en su día celebramos. Otro acierto editorial ha sido adosarle como prólogo 'El sobrino de Bioy', del li-

bro de crónicas 'Maniobras de evasión', unas jugosas páginas en las que Mairal rememora, con gracia no exenta de sano distanciamiento, el germen de la novela y su escritura y vicisitudes posteriores, incluido el aldabonazo del premio, que le pilló tan joven y desconocido por completo, y la película que protagonizara Cecilia Roth en el papel estelar de la estrella porno.

El poderoso instinto narrativo de Mairal, que no en vano trabaja como guionista, se muestra ya en esta ópera prima, tanto en el milimetrado avance de la acción, que elide todo aquello que pudiera entorpecer su desarrollo como en la consistencia y frescura de los diálogos, que dotan de viveza y verosimilitud a una pléyade de personajes secundarios, todos, marginados o automarginados, pelaos; empezando por el personaje principal, huérfano al morir sus padres en un choque frontal

de carretera, que trabaja de madrugada en un 'frigorífico', en la provincia de Entre Ríos, cercana a la capital, anegada por las lluvias, desde la que se dirige a su destino en Buenos Aires sin apenas dinero, en lo que constituye una 'road movie' platense de tercera: montado en un camión, en una balsa, en un auto o en un 'colectivo'. Aparte de los términos que acabo de distraer, toda la 'nouvelle' está plagada de argentinismos y giros soberbios. En realidad es una narración muy argentina, desde la introducción de sueños, que parece de orden psicoanalítica, a su visión de la vida social: «dicen que el argentino es de tener amigos porque no le gusta estar solo, son macanas, el argentino para lo único que necesita al otro es para putearlo». La misma nación, ahora que vuelve a estar en la cuerda floja económica, tampoco sale bien parada: «este país se va al tacho, flaco, no sirve, hay

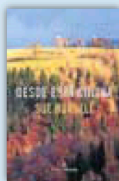
Sábado 23.06.18
EL NORTE DE CASTILLA

LOS ASOCIALES

Vivir al margen

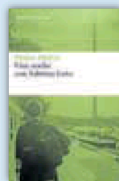
El vaquero Bob Disney se lava en una cuba delante de su cabaña. Disney vive sin electricidad ni agua caliente.

:: BILL WILLCOX-AP



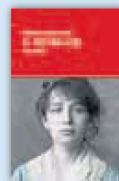
DESDE ESTA COLINA

Sue Hubbell, Errata Naturae, 248 pp., 18,50 €.



UNA NOCHE CON SABRINA LOVE

Pedro Mairal, Libros del Asteroide, 156 pp., 16,95 €.



EL VESTIDO AZUL

Michèle Desbordes, Periférica, 152 pp., 16 €.



¿UN COLOR? LA ARMONÍA

Paul Cézanne, Confluencias, 144 pp., 12 €.

que borrar y empezar todo de nuevo».

Frente al eficaz estilo cinematográfico de Mairal, la novelista de culto francesa Michèle Desbordes despliega en 'El vestido azul' (Periférica), una sintaxis muy trabajada, de párrafo largo e hipotáctico, atenta siempre al detalle y a la profundización psicológica, por lo que deviene en una consistencia textual y una precisión expresiva muy poco comunes. Toda la novela, dividida en un capítulo largo y otro corto, del que procede el título, organizada mediante parágrafos de mediana extensión, gira en torno a la figura señera de la escultora Camille Claudel, que va ganando enteros con el paso del tiempo. Recuerdo ahora la indeleble impresión que me causó en su momento el ensayo de Anne Delbee publicado por Circe.

El otro domingo, Silvia Hernando decía en 'El País Sema-

nal': «Camille Claudel, que fue mucho más que el personaje que la historia escribió de ella: el de pupila y amante desequilibrada del genio». Y es que efectivamente fue musa y ayudante favorita, sumisa y solícita, del maestro Auguste Rodin, un cuarto de siglo mayor que ella, lo que no impidió la pasión desbordada entre ambos, según Desbordes: «aquel amor, aquel odio, poco importa, que, más tarde, tratando de arrancarse como se arranca un gusano, ella maldeciría para siempre».

Desbordes utiliza como boomerang narrativo la primera escena: la pobre Camille Claudel, ya anciana, serena e impasible, dócil y resignada —se diría que nunca hubiese conocido rebeldía o violencia alguna—, sentada en una silla sacada del pabellón del sanatorio mental donde fue recluida, con sus extraños cuadernos, esperando la última visita, para llevarla al mar,

de su querido hermano, el gran poeta cosmopolita de las letras francesas Paul Claudel, que según diversas fuentes la visitó solo siete veces en los treinta últimos años de su vida en los que permaneció encerrada y marchitándose en el manicomio. A partir de esa imagen: sola, «mano sobre mano», lejos de «la sociedad de los hombres», de su daño y de sus estragos, aun tan mayor «el hermoso rostro grave y atormentado», la novelista recupera en sucesivos 'flashbacks' los episodios decisivos de esa mujer que fuera impetuosa y sublime, arrebatada y genial, que amara la arcilla, el viento y la lluvia, los bosques y las yeseras.

También incompromiso en su tiempo, extraño y algo atormentado, con la misma tendencia a orillarse del rebaño e idéntica alergia social —no aguantaba siquiera que alguien lo tocara a consecuencia de un incidente en su ni-

ñez— aunque de una naturaleza menos exaltada y excéntrica, Paul Cézanne es otro ejemplo de persona «insociable y de trato difícil», por seguir una definición extraída de '¿Un color? La armonía'

«El poderoso instinto narrativo de Mairal se muestra en su ópera prima 'Una noche con Sabrina Love'»

«Camille Claudel fue recluida en un sanatorio mental, esperando a que su hermano, Paul, la llevara al mar»

(Confluencias). El grueso del volumen lo conforman los recuerdos del pintor, completísimos, un retrato en toda regla del hombre y del genio debido a su apasionado discípulo y ferviente admirador Emile Bernard, a los que se añade cerca de una decena de cartas inéditas que le envió Cézanne. Completan el libro un artículo de los grabadores Schnerb y Rivière tras visitarlo en Aix-en-Provence, donde nació y murió, incapaz de adaptarse a la vida bohemia parisina, que recoge sus consideraciones sobre la naturaleza del arte, la técnica de composición pictórica y su metodología de trabajo; unas notas con pensamientos, reflexiones y opiniones del artista recopiladas por su hijo; extractos de 'Un domingo con Paul Cézanne', de Léo Larguier; una conversación con el arqueólogo Jules Barély en su fría casa de campo y unas curiosas confidencias proce-

dentes de un catálogo de dibujos. Un conjunto de documentos heterogéneos, en suma, excepcional para adentrarnos en su carácter, hábitos, preferencias e intereses estéticos.

Cézanne se retiró del mundo artístico, no valía para darse aires. Con fama de tozudo y misántropo, «una especie de oso intratable», su torpe aliño indumentario y su aspecto de «vagabundo de mirada extraviada» hacían que la gente lo tomara por loco, a tal punto que en la calle los rapazueros se mofaban de él y le tiraban piedras. Muchos lo juzgaban «tosco y de carácter huraño», a lo Pla, por caso, pero él consideraba que la mejor virtud es la amistad y Barély lo califica como benevolente, afectuoso, clarividente y modesto y «tímido como un monje», eso sí, con su orgullo herido. Y cómo no, así todos los sabios que en el mundo han sido.